

KAMCHATKA

REVISTA DE ANÁLISIS CULTURAL

EL RETORNO DE LOS OBJETOS: HISTORIA, CULTURA MATERIAL Y ACONTECIMIENTOS POLÍTICOS TRAUMÁTICOS

The Return of Objects: History, Material Culture and Traumatic Political Events

MIGUEL MARTORELL LINARES

UNED (España)

mmartorell@poli.uned.es

Recibido: 23 de abril de 2023

Aceptado: 5 de enero de 2024

<https://orcid.org/0000-0001-7077-4253>

<https://doi.org/10.7203/KAM.23.26524>

N. 23 (2024): 453-486. ISSN: 2340-1869

RESUMEN: Desde principios de este siglo se han publicado numerosos libros o monografías en revistas académicas que abordan el estudio del pasado a partir de los objetos, un campo de trabajo que cuenta con una excelente salud editorial. Estas propuestas se han revelado notablemente eficaces para la investigación histórica, para su divulgación, así como para el desempeño de las políticas de memoria. Aunque muestran tanta diversidad como posibles temas para abordar existan, son especialmente útiles en la aproximación a los acontecimientos políticos traumáticos. El primer apartado de este artículo intenta comprender las razones que explican la eclosión de los objetos en el imaginario de los historiadores. El segundo, trata sobre su presencia en los acontecimientos históricos traumáticos y su potencial para ayudar a comprender, representar o explicar estos episodios. El tercero aborda la singularidad que adquieren los objetos marcados por los acontecimientos políticos traumáticos y la carga emocional que los impregna, sobre todo por su vínculo con las víctimas, y reflexiona sobre cómo dicha carga emocional contribuye a convertir a estos objetos en depositarios de memoria. El artículo concluye con una coda final que repasa el contenido del texto y abunda en los conflictos que pueden surgir con relación a las cuestiones tratadas, como los riesgos de la banalización o del fetichismo y el difícil equilibrio en torno al valor documental y al potencial emocional de los objetos vinculados a acontecimientos políticos traumáticos.

PALABRAS CLAVE: objetos, artefactos, cultura material, historia, arqueología, museología, antropología, violencia política, acontecimientos históricos traumáticos.

ABSTRACT: Since the beginning of this century, numerous books or monographs have been published in academic journals that deal with the study of the past through objects, a field of work that is in excellent editorial health. These proposals have proved remarkably effective for historical research, for its dissemination, as well as for the performance of memory policies. Although they show as much diversity as there are possible subjects to deal with, they are especially useful in the approach to traumatic political events. The first section of this article attempts to understand the reasons behind the emergence of objects in the historians' imagination. The second deals with their presence in traumatic historical events and their potential to help understand, represent or explain these episodes. The third deals with the singularity acquired by objects marked by traumatic political events and the emotional charge that permeates them, especially because of their link to the victims, and reflects on how this emotional charge contributes to making these objects repositories of memory. The article concludes with a final coda that reviews the content of the text and explores the conflicts that can arise in relation to the issues discussed, such as the risks of trivialization or fetishism and the difficult balance between the documentary value and the emotional potential of objects linked to traumatic political events.

KEYWORDS: Objects, Artefacts, Material Culture, History, Archaeology, Museology, Anthropology, Political Violence, Traumatic Historical Events.

“Imaginaos ahora a un hombre a quien, además de a sus personas amadas, se le quiten la casa, las costumbres, la ropa, todo, literalmente todo lo que posee: será un hombre vacío, reducido al sufrimiento y a la necesidad”.

Primo Levi (2002). *Si esto es un hombre*. Madrid: Muchnik, 40.

“LOS MUERTOS Y LOS OBJETOS comparten la misma suerte”.

Tadeusz Kantor (1983). *Les voies de la creation théâtrale* (Denis Bablet et Brunella Eruli, eds.). Paris: Editions du Centre National de la Recherche Scientifique, 195.

En¹ marzo de 2023, el ejército ruso avanzaba desde el norte hacia Kiev siguiendo el curso del río Dnieper. Durante semanas la capital ucraniana sufrió un brutal asedio por tierra y aire con misiles y bombas que cayeron de forma indiscriminada sobre viviendas, mercados o colegios. La violencia fue mayor en los barrios que atravesaba la ruta de los invasores, como Irpin, al noroeste de la capital. Cabe imaginar el pánico de sus habitantes. Pánico que alentó un éxodo masivo similar al de otras ciudades sitiadas en otras tantas guerras pasadas y presentes. La mujer que aparece en la Imagen A quiso huir, pero no lo logró. En la fotografía destacan junto a su cadáver dos objetos. Cubre su cuerpo una gran tela con dibujos geométricos rojos y amarillos, manchada de grasa y barro, que alguien en un gesto humanitario utilizó para tapar el cadáver. Parece una colcha. Una colcha que remite a un espacio interior y confortable, que está fuera de lugar en mitad de la calle.

¹ Esta investigación ha sido posible gracias a la financiación del proyecto “Territorios de la memoria. Otras culturas, otros espacios en Iberoamérica, siglos XX y XXI” (TEMUCO), PID2020-113492RB-I00. Un primer borrador fue debatido en el seminario del proyecto y los comentarios me permitieron enriquecer el texto, al igual que las observaciones de quienes han evaluado el artículo, que han contribuido notablemente a su mejora.



Imagen A. Fuente: EFE/EPA/OLEKSANDR RATUSHNIAK

De la tela asoma un brazo enfundado en un impermeable verde: era invierno y hacía frío. Al final de la manga sobresale una mano crispada, ensangrentada, extendida hacia una maleta, como si hubiera intentado agarrarla en un último gesto. Una maleta tipo *trolley*, de color gris o rosa pálido metalizado, rígida y dura como otros miles de maletas que circulan por aeropuertos o estaciones de tren. Su diseño moderno nos interpela: cualquiera podría tener una idéntica en su casa y eso nos aproxima a la mujer, que vivía en un mundo similar al nuestro. La maleta parece haber resistido bien el ataque, aunque la carcasa muestra manchas y abolladuras. Sin embargo, una mirada más detallada permite comprobar que falta el asa retráctil y ello confiere al conjunto cierto carácter irreal, absurdo: una mano inerte que trata de agarrar una maleta que ya no hay por donde asir... Todo en la imagen está roto, sucio o muerto.

La tela y la maleta junto al cadáver cuentan una historia sobre la violencia y sus secuelas. Y aunque la maleta sea de policarbonato o polipropileno, está emparentada con otras maletas anteriores, de cuero o cartón, cargadas a lo largo del siglo XX por civiles que huían de otros bombardeos u otros ejércitos en pie de guerra, por emigrantes a los que expulsó una tierra yerma, por exiliados errantes, o por los millones de personas deportadas en trenes de ganado hacia campos de concentración. La maleta de Irpin per-

tenece a la misma estirpe que las maletas amontonadas en la exposición permanente de Auschwitz-Birkenau.

Sería posible contar una historia de los desplazamientos forzosos en el siglo XX a partir de las maletas. Y tal empeño entroncaría con una abundante literatura reciente que recurre a los objetos para investigar el pasado, para explicarlo o para recordarlo. Desde comienzos del siglo XXI ha crecido notablemente el número de libros, artículos, recursos digitales o congresos y seminarios que partiendo de premisas muy diferentes abordan el pasado desde la perspectiva de los objetos. Nada tiene de extraño que una parte considerable provenga de la arqueología, la antropología o la museística, disciplinas que estudian las sociedades humanas a través de la cultura material. Pero sí resulta interesante que esta última haya irrumpido con fuerza en el trabajo de un número creciente de historiadoras e historiadores.

Si en 1988 Jean-Marie Pesez lamentaba que la cultura material fuese “un capítulo descuidado de la historia” (Pesez 2010, 228), en 1993 Peter Burke constató que los medievalistas y los modernistas ya prestaban “más atención a los objetos físicos” (Burke 1994, 29). Hoy podría decirse que los historiadores del mundo contemporáneo, y en especial quienes trabajan sobre eventos políticos traumáticos, han descubierto el potencial de los objetos como “señales del pasado” (MacGregor 2012, 19) y “portadores de memoria” (Dziuban y Stanczyk 2020, 383). No es de extrañar. Al fin y al cabo, los objetos acompañan a las personas durante toda su vida, desde el nacimiento hasta la muerte, y participan en cualquier ámbito de la acción humana (Moles, 1969b, 14). Interrelacionados con fuentes escritas u otros registros materiales, constituyen un recurso eficaz para profundizar en trayectorias biográficas, procesos históricos o construcciones sociales, así como para rememorarlos (Hoskins 1998).

“El vínculo entre cosas y personas viene cobrando desde hace algunas décadas notoria relevancia en el campo de la investigación social, en general, e histórica, en particular”, han sostenido recientemente Cecilia Moreyra y María da Graça Alves (Moreyra y Alves Mateu Ventura 2020). El arco temático de los trabajos que intentan comprender y explicar el pasado reciente partiendo de los objetos es casi infinito, pues ofrece tanta diversidad como posibles temas para abordar existen, y ha sido especialmente feraz para afrontar los acontecimientos políticos traumáticos o sucesos límite: aquellos que marcan al conjunto de una comunidad y cuyo impacto trasciende a la generación que los vivió porque arraigan de forma perdurable en la memoria social (LaCapra 2005).

Así lo reflejan, por ejemplo, los libros que en los últimos diez o doce años han publicado Shallcross sobre el Holocausto (Shallcross 2011), Doyle sobre la Gran Guerra (Doyle 2014), Malhotra sobre la ruptura violenta de las comunidades india y pakistaní en 1947 (Malhotra 2021), Rycroft sobre los objetos culturales y la violencia colonial (Ry-

croft 2013a), Auslander y Zahra sobre los desplazamientos forzosos (Auslander y Zahra 2018) o Moorhouse sobre el Tercer Reich (Moorhouse 2017). A veces estos textos abarcan grandes rangos de objetos, como hace Cabanes con una amplia gama relacionada con la guerra total en el siglo XX (Cabanes 2020); otras se centran en un único tipo, como Saunders con los artefactos hechos por soldados en las trincheras (Saunders 2020).

Las revistas académicas también se han interesado por la cultura material para estudiar la violencia política y sus secuelas. Abundan los artículos sobre casos específicos, pero también hay monografías como las que coordinaron Reati y Perassi en 2020 para *Kamchatka* (Reati y Perassi 2020)², titulada “Cosas, objetos, artefactos. Memorias materiales de la violencia en América Latina”, o la de Dziuban y Stanczyk para el *Journal of Material Culture*, “The Surviving Things: Personal Objects in the Aftermath of Violence” (Dziuban y Stanczyk 2020). Tampoco los recursos digitales andan a la zaga. Valgan como muestra la exposición permanente de Yad Vashem *The story behind the artifact*³, o el Museo Virtual de la Guerra Civil Española que desde 2022 dirigen Adrian Shubert y Antonio Cazorla⁴. Son solo algunos ejemplos en una oferta que no para de crecer.

Esta lista, que solo es la punta del iceberg, muestra que el recurso a los objetos ha devenido en una herramienta más para comprender, explicar y recordar los acontecimientos políticos traumáticos. Una herramienta que apela a las disciplinas vinculadas a la cultura material y a la que recurren antropólogos, museólogos, arqueólogos o historiadores, así como narradores ajenos al mundo académico. Su ámbito natural es el microhistórico, pues remite a un espacio de observación próximo al individuo, a su comunidad, a su hábitat, si bien, como apunta Cabanes, alcanza su mayor eficacia al conectar la experiencia individual con los grandes procesos en los que se inscribe (Cabanes 2020, 136). Resulta útil para la investigación histórica y para su divulgación. También para los trabajos que recalcan en el ámbito de la memoria histórica y su representación, pues los objetos pueden ser portadores de memoria (Nora 2008) y poseen la capacidad de estimular respuestas emocionales (Navaro-Yashin 2009; Baby y Nerard 2017; Aguilar Fernández 2020).

“Nada más corriente que los objetos, pero cuando intentamos aplicarles una definición universal, tropezamos con extrañas resistencias”, observó en 1969 Henri van Lier (Lier 1969, 129). De hecho, la noción de objeto o artefacto ha dado pie a prolijos e interesantes debates en el ámbito de las disciplinas que se ocupan de la cultura material

2 Reati, Fernando y Emilia Perassi (2020): “Cosas, objetos, artefactos. Memorias materiales de la violencia en América Latina”. *Kamchatka. Revista de análisis cultural*. (16): 257-260 DOI: <https://doi.org/10.7203/KAM.16.19110>

3 <https://www.yadvashem.org/gathering-fragments/stories.html> (Última visita, 26/12/2023)

4 <https://www.vscw.ca/es> (Última visita, 31/12/2023)

(Sánchez Climent 2018). Valga para estas páginas una definición muy general y básica: un objeto o artefacto es todo artículo creado, modificado o utilizado por seres humanos y que posee significado y relevancia cultural para una o más sociedades o grupos específicos.

Uno de los propósitos de este artículo es rastrear cómo los objetos han llegado a formar parte hoy en día del imaginario de los historiadores, sobre todo de los contemporáneos y, más en concreto, de quienes estudian eventos políticos traumáticos. Con este fin, el primer apartado cuenta varios procesos que tuvieron lugar en las últimas décadas del siglo XX. Explica cómo la irrupción de la sociedad de consumo hizo que desde diversos ámbitos académicos los especialistas en la cultura material repensaran cuáles eran las cualidades y funciones básicas de los objetos. También cómo este giro hacia el mundo material caló en el trabajo de los historiadores. Por último, cómo la arqueología y la museología, centradas tradicionalmente en investigar la cultura material en el pasado remoto, empezaron a mirar hacia el presente y, sobre todo, a estudiar los episodios de violencia política, contribuyendo así a integrar la cultura material en los relatos sobre el mundo contemporáneo.

Los dos siguientes apartados reflexionan sobre la presencia de los objetos en los acontecimientos políticos traumáticos, tanto en el ejercicio de la violencia como en la resistencia a la misma. Apuntan cómo bajo estos episodios de violencia política las personas pueden ser transformadas en objetos, abordan la singularidad que adquieren los objetos marcados por estos eventos y la carga emocional que los impregna, sobre todo por su vínculo con las víctimas, y reflexionan sobre cómo dicha carga emocional contribuye a convertir a estos objetos en depositarios de memoria. El artículo concluye con una coda final que repasa el contenido del texto y abunda en los conflictos que pueden surgir con relación a las cuestiones tratadas: que no siempre existe un consenso sobre la singularidad de los objetos marcados por acontecimientos políticos traumáticos, que el recurso a los objetos en el reconocimiento a las víctimas de este tipo de eventos puede provocar que diversas narrativas sobre la memoria entren en conflicto, el riesgo de caer en la banalización o el fetichismo y el difícil equilibrio en torno al valor documental y al potencial emocional de los objetos.

EL RETORNO DE LOS OBJETOS

En el último tercio del siglo XX, científicos de diversos campos expresaron su desconcierto ante la infinidad de artefactos que trajo consigo la sociedad de consumo. La cultura material había constituido la materia prima de la antropología desde sus inicios (Hoskins 2006). También de los especialistas en historia del arte, iconografía o artes

decorativas, como Ernest Gombrich (Gombrich 1979), Erwin Panofsky (Panofsky 2012) o Charles F. Montgomery, quien creó en 1952 el programa *American Material Culture*, en el Museo de Winterthur (Fleming 1970). O de los filósofos de la ciencia, como Ernst Kapp (Kapp 1998). No menos importante había sido para sociólogos clásicos como Thorsten Veblen, quien indagó sobre el consumo suntuario (Veblen 2013), Emile Durkheim, quien sostuvo que los objetos sagrados, junto con los rituales y las prácticas religiosas resultaban esenciales para la cohesión e identidad de un grupo (Durkheim 1982) o Norbert Elias, quien observó que objetos cotidianos como los cubiertos, la ropa de cama o el pañuelo fueron determinantes en el proceso civilizatorio occidental (Elias 1987), por poner solo algunos ejemplos.

Sin embargo, los estudios de finales del último tercio del siglo XX alentaron transformaciones radicales en las disciplinas vinculadas a la cultura material y cambiaron el modo en que comprendemos los objetos (Moreyra y Alves 2020). Como constató en 1987 Jacques Mathieu, “numerosos trabajos teóricos están revelando la riqueza y la diversidad de sus sentidos y cualidades” (Mathieu 1987). De ahí que al acabar la centuria el antropólogo Orvar Löfgren, repasando su carrera y la evolución reciente de la etnología y otras disciplinas, no dudase en hablar del “retorno de los objetos” (Löfgren 1996).

Una proliferación de objetos

En 1966, Jean Baudrillard defendió su tesis doctoral en La Sorbona. La sociedad de consumo entraba en su fase de esplendor y el joven discípulo de Henri Lefebvre mostraba cierta zozobra ante la aparición de un nuevo modo de producción que saturaba el espacio de artefactos fabricados en serie, con frecuencia desechables, que colmaban casas y oficinas, transformaban la vida de muchos ciudadanos, demandaban otras estrategias de venta, requerían nuevos usos, lenguajes y modos de concebir el espacio... Tal avalancha, sostuvo Baudrillard, trastocaba las relaciones económicas y sociales. El marxismo ya no ofrecía respuestas convincentes porque la base del nuevo orden social no era la producción sino el consumo. Nada tiene de extraño que el interés por el consumo derivase hacia aquello que se consumía, eje de su tesis doctoral publicada en 1968: *El sistema de los objetos* (Baudrillard 1987).

La consolidación de la sociedad de consumo impulsó el giro hacia lo material que desde los años sesenta experimentaban diversas disciplinas. Un enfoque que subrayaba la importancia del mundo material para comprender las experiencias humanas, las dinámicas sociales y las formaciones culturales. Fue una tendencia global y multidisciplinar. Al igual que Baudrillard, en aquella década y las siguientes, filósofos, antropólogos, sociólogos, historiadores, ingenieros, economistas o expertos en comunicación

reflexionaron sobre el nuevo universo de objetos en danza y las transformaciones que conllevaba.

En 1969, por ejemplo, Abraham Moles, experto en estudios sobre comunicación, coordinó una monografía de la revista francesa *Communications* que pronto se convirtió en referencia para los especialistas en cultura material (Moles 1969a). La sociedad de consumo había provocado tal “proliferación de objetos”, escribía Moles, que el propio término objeto adquiriría una “mayor importancia” (Moles 1969b, 9). Moles y Henri van Lier reflexionaron en dicho volumen sobre la facultad de los objetos para transportar sentido, transmitir sensaciones o emitir mensajes sobre las normas culturales de una determinada sociedad (Moles 1969b, Lier 1969). Violette Morin acuñó en su artículo el concepto de “objeto biográfico”, aquél que “mantiene una simbiosis viviente con su poseedor”, de modo que ya “no es el sujeto quien hace el objeto, sino el objeto quien sustituye al sujeto” (Morin, 1969, 187).

Parecía urgente conocer la naturaleza de los nuevos útiles que bullían en el espacio público. Pero cada intento por definir qué era un objeto de consumo conducía a nuevas preguntas, más generales, sobre la naturaleza general de las cosas ¿En qué se diferenciaba un bien destinado al consumo de otro que no lo era?, los bienes de consumo ¿Lo eran siempre o dejaban de serlo en algún momento?, ¿Cuáles eran las cualidades de los distintos tipos de objetos?, ¿Todos los individuos de una comunidad percibían un objeto del mismo modo? ¿Cambió el significado de los objetos a través del tiempo? Los humanos fabrican los objetos, pero... ¿Cómo influían los objetos en los humanos?

Todas estas cuestiones alentaron en los años setenta y ochenta nuevas líneas de investigación sobre la cultura material. Así, por ejemplo, en dirección opuesta a quienes trabajaban sobre bienes de consumo, y en una línea avanzada por Thorsten Veblen a finales del siglo XIX (Veblen 2013), el sociólogo francés Pierre Bourdieu reflexionó en los años setenta sobre cómo la adquisición o posesión de objetos de lujo o de calidad educaba el gusto y constituía un signo de distinción social (Bourdieu 1998).

Mediada la década de los ochenta, Arjun Appadurai coordinó el libro *The social life of things: commodities in cultural perspective* (Appadurai 1986a). Sostuvo en sus páginas que los objetos están cargados de múltiples significados y que estos varían en función del contexto. En toda sociedad, por ejemplo, hay objetos singulares excluidos del mercado por su valor simbólico, sagrado o testimonial, como las obras de arte que integran el patrimonio o el canon nacional, los bienes de culto o aquellos asociados a la identidad de una determinada comunidad. Pero también observó Appadurai que los objetos poseen significados diferentes para distintas personas o grupos de personas y que la condición singular de un bien no es compartida por toda la sociedad: la bandera venerada por un conjunto de ciudadanos para otro no es más que trapo. (Appadurai 1986b 27). Partiendo

de esta idea, Appadurai sostuvo que los objetos, como las personas, tienen una “vida social” pues se relacionan de distinto modo con unos u otros individuos o unas u otras comunidades. En el mismo volumen, Igor Kopytoff constató que el significado de un objeto muda también con el tiempo y por ello, al igual que los humanos, los objetos tienen una trayectoria biográfica (Kopytoff 1986).

También en los años ochenta los sociólogos de la tecnología y de la ciencia apuntaban en París nuevas perspectivas sobre la cultura material. Bruno Latour, Madeleine Akrich o Michael Callon desarrollaron en el *Centre de Sociologie de l'innovation de l'Ecole Supérieure de Mines*, la *Actor-Network Theory*, según la cual lo social está constituido por redes heterogéneas integradas por individuos, organizaciones o instituciones, pero también por animales, objetos, edificios, máquinas, textos... En suma: por una variedad ilimitada de seres vivos o de artefactos (Akrich 2023). De ahí cabía colegir que, si el material que conforma lo social no es solo humano, los objetos tienen tanta capacidad de agencia como las personas.

Para explicar la relevancia de la *Actor-Network Theory*, John Law, uno de sus enunciadores, contaba que la comunicación entre individuos emplazados en distintos lugares está tan condicionada por el medio a través del cual tiene lugar como por los objetos y personas que intervienen en ella: el ordenador, Internet y quienes la mantienen activa; la carta, los materiales con que se escribe y quienes gestionan el sistema postal que la distribuye... Todo participa por igual de la red social, pues todo es preciso para la comunicación (Law 1992). Una perspectiva más amplia muestra cómo la interacción entre objetos y personas ha provocado transformaciones que cambiaron el rumbo de la humanidad: desde la relación entre el uso de las herramientas líticas y el bipedismo hasta el ordenador, pasando por la imprenta, la máquina de vapor o el automóvil. Los objetos facilitan tareas cotidianas, ofrecen seguridad o consiguen que nos sintamos más cómodos. Interactúan con nosotros y nosotros con ellos y por ello se puede considerar que son agentes sociales activos (Hoskins 2006, 75).

La capacidad de agencia de los objetos fue un tema recurrente en la literatura sobre cultura material a finales del siglo XX. Desde la arqueología, Daniel Miller sostuvo que proporcionan a los humanos las claves para construir su identidad, relacionarse con los demás e interpretar y conferir sentido a su actividad social. Incluso aquellos que por su funcionalidad y cotidianeidad pasan desapercibidos, cualidad que Miller definió como la “humildad de las cosas” (Zaragoza Bernal 2015; Moreyra y Alves 2020). Ian Hodder, también arqueólogo, investigó cómo encajan en las creencias, valores y cosmovisiones de cada sociedad, así como su capacidad para revelar identidades, estructuras e interacciones sociales y relaciones de poder (Hodder 1988). Al acabar el siglo, Alfred Gell insistió en la condición de los objetos como agentes activos: tras constatar que las obras de

arte originan respuestas emocionales, cognitivas o sociales en quienes las contemplan, concluyó que no solo las piezas artísticas, sino los objetos en general comunican mensajes, alientan reacciones en los individuos e influyen en sus acciones y percepciones (Gell 1998). La agencia también ocupó un lugar central en el pensamiento de Bill Brown y los autores de la *Thing Theory* (Brown 2001).

Todas estas investigaciones ratificaron algunas ideas sobre el mundo material ya esgrimidas por la antropología clásica y apuntaron otras nuevas. Observaron la enorme diversidad de los objetos y la complejidad implícita en el hecho de definir qué es un objeto. Constataron que interactúan con los humanos hasta el punto de que las comunidades sociales están constituidas por redes heterogéneas integradas tanto por individuos como por objetos. Advirtieron que, en tanto que agentes sociales activos, contribuyen a que los humanos construyamos nuestras identidades, nos relacionemos con los demás y dotemos de sentido a nuestra actividad social. También que a partir de su estudio podemos conocer las creencias, valores y cosmovisiones de cada sociedad, pues poseen la capacidad para revelar identidades, estructuras e interacciones sociales. Percibieron que generan reacciones emocionales en los humanos. Y que poseen múltiples significados, significados que varían en función de sus vínculos con los individuos o comunidades de individuos tanto a lo largo del tiempo como del espacio.

Los historiadores ante la renovación de la cultura material

¿Cómo llegó el giro material a la historia y, en concreto, a la historia contemporánea? Jean-Marie Pesez observó en 1978 que la cultura material era un “campo descuidado de la historia”: “si la historia no ha ignorado la cultura material, tampoco le ha concedido por largo tiempo más que un interés limitado” (Pesez 2010). Buceando en la historiografía francesa, Pesez solo detectaba cierto interés por la cultura material en una magra lista de investigadores del siglo XIX especializados en la historia del traje o la agricultura, o ya en el periodo de entreguerras en Marc Bloch, Lucien Febvre y otros pioneros de la Escuela de Annales cuya obra estaba unida “al suelo, al medio, al entorno de los hombres”.

Algo había de injusto en la estimación de Pesez, pues la primera gran obra que abordó la cultura material desde la perspectiva histórica apareció en fecha relativamente temprana si consideramos la irrupción de lo material en otras disciplinas sociales o humanísticas. En 1967 Fernand Braudel empezó a publicar *Civilisation matérielle et capitalisme*, labor concluida en 1979. Su primer tomo, titulado *Las estructuras de lo cotidiano*, comienza con una potente declaración de intenciones: “La vida material son los hombres y las cosas, las cosas y los hombres”. De ahí que los historiadores deban “estudiar las cosas —alimentación, vivienda, vestido, lujo, herramientas, instrumentos monetarios, pueblos y ciudades—, en suma, todo aquello que el hombre utiliza” (Braudel 1979, 8).

La seducción por el mundo material abarcó diversos ámbitos historiográficos durante la siguiente década merced al legado de Braudel y a la influencia de otras ciencias sociales como la sociología y la antropología. Entre los historiadores sociales británicos, por ejemplo, el número fundacional de *History Workshop*, en 1976, proponía entre otros objetivos rescatar del olvido la vida cotidiana de las clases populares estudiando “la cultura material y el trabajo”. Querencia hacia el mundo material compartida en los ochenta por el grupo alemán de historiadores de la vida cotidiana, *Alltagsgeschichte*, dispuesto también a escribir la historia desde abajo y que puso el énfasis en la reconstrucción de las experiencias vitales (Crew 1989, Walton 1995).

Por las mismas décadas, en Francia podía hallarse la huella de lo material en las investigaciones de Daniel Roche sobre la vestimenta o sobre la vida de las clases populares en París durante el Antiguo Régimen, o en la serie de trabajos que Philippe Ariès y Georges Duby recopilaron sobre la vida cotidiana (Ariès y Duby 1991). También en el protagonismo que Ariès confirió a los objetos fúnebres en su estudio sobre la muerte (Ariès 1977), o en el papel que Alain Corbin atribuyó en *El perfume o el miasma* a los perfumes, junto con las políticas de higienización del espacio público, en la segregación social y espacial del orden liberal (Corbin 1981).

No es de extrañar que fuera en el ámbito de lo cotidiano donde figurasen los intentos más fértiles para integrar el mundo material en el relato historiográfico. Al fin y al cabo, lo cotidiano se desenvuelve en un espacio próximo al individuo y, por tanto, a las cosas que le rodean: ropa, utensilios del hogar o necesarios para la comida... No obstante, también es cierto que en muchas de estas investigaciones los objetos desempeñan un papel relativamente pasivo. Prima la descripción de las cosas que conviven con los humanos, aunque rara vez interactúan con ellos, a diferencia de otros estudios pioneros en el ámbito de la sociología histórica como los de Norbert Elias, que atribuía a los artefactos la capacidad para incidir en la evolución social y cultural (Elias 1987).

Algunas de las aportaciones historiográficas francófonas más interesantes sobre la cultura material provinieron de ámbitos académicos pluridisciplinarios. Al comenzar los ochenta y desde un enfoque híbrido entre sociología e historia, Michel de Certeau observó en *La invención de lo cotidiano* que los consumidores eran capaces de reinventar el significado de los objetos reasignándoles diferentes usos. Certeau compartía inquietudes con otros científicos interesados entonces por la cultura material. Su descripción del espacio privado como un lugar donde interactúan “objetos, gente, palabras e ideas” (Certeau 2000, vol. II, 150), por ejemplo, se sitúa en la estela de la contemporánea *Actor-Network Theory*.

A su vez, en 1987, el historiador *quebecois* Jacques Mathieu, junto con el también historiador Georges-Pierre Léonidoff y el museólogo John K. Porter, publicó un texto en

una revista sobre cultura material que quizás por eso tuviera en su momento más repercusión entre antropólogos que entre historiadores. Los autores trataban de buscar un espacio común para museólogos, historiadores e investigadores de cualquier área interesada por la cultura material, en una apuesta plural dirigida a “documentar, leer y situar el objeto para evidenciar sus múltiples significados”. Los objetos son “la expresión de realidades materiales e inmateriales múltiples”, argüían, y solo desde la multidisciplinariedad cabía considerar los múltiples contextos históricos y sociales que modifican sus significados. En última instancia, sostenían, tras todas las investigaciones sobre cultura material que tuvieron lugar en esos años residía una última pregunta: “¿Qué es lo que representa cada objeto?” (Mathieu 1987).

Mención especial merece por su influencia Pierre Nora, autor, inspirador y coordinador de *Les Lieux de Mémoire*, obra publicada entre 1984 y 1992. Nora definió allí como lugar de memoria “toda unidad significativa, de orden material o ideal, que la voluntad de los hombres o el trabajo del tiempo convirtieron en elemento simbólico del patrimonio memorial de una comunidad cualquiera”. El rango de lugares de memoria que apuntaba era ingente: canciones, edificios, monumentos, paisajes, palabras, artefactos, fechas, gestos, ideas, sagas y linajes, escritos, folklore, obras de arte, leyes, restos humanos... Nora insistiría en que no cabía reducir los lugares de memoria a objetos “puramente materiales, físicos, palpables, visibles”, que también había que considerar las entidades simbólicas (Nora 1998, 16; 2008, III). Pero buena parte de la literatura historiográfica basada en su obra, así como de las acciones memorialísticas inspiradas en ella, han cargado el peso sobre el material en el que se encarna y representa la memoria: objetos, monumentos, placas, construcciones...

Cultura material, historia contemporánea y acontecimientos políticos traumáticos

Al acabar el siglo XX, Peter Burke o Dominique Poulot constataron que los historiadores ya prestaban más atención a los objetos físicos, sobre todo los medievalistas y los modernistas (Burke, 1994, 29; Poulot 1997). Hoy cabe afirmar que también forman parte del imaginario de muchos contemporaneístas y, en especial, de quienes trabajan sobre acontecimientos políticos traumáticos. Ello se debe en parte a la renovación de dos disciplinas que abordan el estudio del pasado desde el ámbito de la cultura material: la arqueología y la museística. Ambas han dejado de escudriñar en exclusiva épocas remotas para abordar también el presente y el cambio ha contribuido a situar los objetos relacionados con la violencia política contemporánea en la mente de los historiadores.

La arqueología apenas prestó atención al mundo contemporáneo hasta mediados los años setenta, cuando un equipo integrado entre otros por Richard Gould o Michael Schiffer investigó sobre su propio entorno y plasmó los resultados en un libro-manifies-

to: *Modern material culture. The archaeology of Us* (Gould y Schiffer 1981). Aún así, la arqueología del presente solo despegó al acabar el siglo XX (González-Ruibal 2014). Hoy es una disciplina dinámica, imprescindible en las investigaciones sobre violencia de masas, genocidios y crímenes contra la humanidad (Schofield, Johnson y Beck 2012; Kobińska 2018; Carrión y Del Arco Blanco 2024). Aporta pruebas contra los perpetradores de la violencia (Baby y Nerard 2017), redescubre los espacios donde tuvo lugar y el modo en que se ejerció (Rürup 1989; Sturdy Colls 2015) y reconstruye retazos vitales de sus víctimas, a cuyos allegados ayuda a superar el duelo (Dziuban y Stanczyk 2020).

Por otra parte, desde finales del siglo XX ha proliferado la creación de espacios destinados a recordar los acontecimientos políticos traumáticos habidos durante la centuria. Es un fenómeno global, asociado al desarrollo de la literatura académica sobre memoria histórica y lugares de memoria (Aguilar Fernández 2008), sobre todo desde la obra seminal de Pierre Nora (Nora 1984). También a las políticas y la legislación memorialista asumidas por gobiernos de numerosos países (Arrieta Urtizberea 2016; Rubio Pobes 2016; González de Oleaga 2018). Estos hitos erigidos para recordar pueden consistir en construcciones desnudas, esculturas, lápidas o placas que recuerdan la violencia, ubicadas donde tuvo lugar. Pero también abundan los espacios pensados para contener objetos y construir con ellos narrativas que interpreten y expliquen los pasados traumáticos (Roigé 2016).

A este respecto, los museos del Holocausto constituyen un ejemplo de gran valor simbólico, pues han conseguido que a golpe de vista identifiquemos determinados objetos con uno de los momentos más terribles de la historia reciente: las montañas de zapatos, maletas o gafas representan el Holocausto sin necesidad de explicación (Salmons 2017). Los campos de concentración y exterminio ya fueron visitables en la posguerra (Roigé 2016). Sin embargo, la aproximación al Holocausto a través de las cosas recibió un nuevo empuje con la fundación del Museo Estadounidense Conmemorativo del Holocausto (USHMM) en 1993, la inauguración de la exposición permanente del Museo Judío de Berlín, en 2001, o el Memorial de la Shoah, de París, en 2005 (Cabanes 2020, 136).

También las controversias habidas desde finales del siglo XX en el ámbito de la museística han situado en el primer plano del debate público a los artefactos culturales, entendiendo por tales la amplia gama de bienes susceptibles de ser exhibidos en un museo o exposición, algo que abarca todo aquello construido por los humanos. Así, la museología crítica cuestiona las certezas asentadas en los museos por la tradición y reclama la reconsideración de sus narrativas (Shelton 2013; Lorente 2022), las propuestas sobre descolonización exigen una revisión del modo en que exponen las colecciones que considere “las tensiones coloniales”, y han abierto el debate sobre como la devolución de los bienes adquiridos gracias a la explotación colonial (Rycroft 2013b). Las demandas de

restitución se han extendido a los expolios en tiempo de guerra y de un modo destacado al expolio nazi (Martorell 2021).

Cabría pensar en otras transformaciones en el ámbito historiográfico, pujantes desde comienzos de este siglo, que han otorgado un nuevo protagonismo a los objetos en el trabajo de los historiadores: el giro cultural y la relevancia que otorga a lo simbólico y a todo aquello que integra los imaginarios colectivos, los estudios sobre memoria histórica, el despliegue de políticas institucionales de memoria o el debate en la sociedad sobre las mismas, las corrientes del pensamiento posmoderno y su influencia en la eclosión de muy diferentes modos de abordar el estudio del pasado...

También ha sido importante en los últimos años la convicción de que el resultado de la investigación histórica debe transferirse al conjunto de la sociedad, máxime si ha sido financiada con recursos públicos, política impulsada desde las administraciones. O la pujanza de la historia pública, entendida como la voluntad de democratizar el conocimiento histórico e implicar a la ciudadanía en el debate sobre los usos colectivos del pasado. En este sentido, la cultura material ha demostrado una notable eficacia pedagógica en la divulgación histórica (Shubert y Cazorla 2022 17-20), pues los objetos están hechos “a escala humana” (Moles 1969b 14). Como han escrito Pierre Singaravelou y Sylvain Venayre, explicar el pasado desde la perspectiva de los objetos ayuda a que un público no especializado acceda al conocimiento histórico (Singaravelou y Venayre 2020, 9). Ambos autores argumentan una ventaja añadida que ayudaría a comprender su éxito en el ámbito de la divulgación:

Muchas historias del mundo, en la tradición de las antiguas historias universales, son todavía relatos plúmbeos que pretenden una vana exhaustividad. Dejando escapar la diversidad de las experiencias individuales, la historia del mundo elude la de los humanos [...] Es posible escribir, gracias a los objetos más comunes, una historia del mundo a la altura humana (Singaravelou y Venayre 2020, 8-9).

LOS OBJETOS EN LOS ACONTECIMIENTOS POLÍTICOS TRAUMÁTICOS

Los objetos que sobreviven a la guerra, al genocidio, a la violencia masiva o a las migraciones forzadas son testigos materiales, “archivos vivos” (Perassi 2020)⁵. Ayudan a reconstruir procesos históricos y, a la vez, llevan implícita una notable carga de memoria. Nos hablan de quiénes sufrieron la violencia, pero también sobre quiénes la desplegaron (Baby y Nerard 2017; Dziuban y Stanczyk 2020). Pensar en la violencia desde la perspec-

⁵ Perassi, Emilia (2020): “Objetos-Testigo. Fracturas y reconstrucciones del relato identitario”. *Kamchatka. Revista de análisis cultural*. (16): 262-289.

tiva de los objetos ayuda comprender cómo se ha ejercido. No en vano, las acciones violentas contra colectivos humanos requieren el recurso de utensilios. La gama es amplia y variada: el arma que acaba con una o varias vidas; los productos químicos empleados en campañas genocidas; el avión desde el que caen cuerpos inertes o el tren de ganado donde se hacían los prisioneros; el látigo; la bañera o la picana...

La violencia también se ejerce a través de papeles u otros soportes que transmiten información, mensajes u órdenes: la norma que proscribía, el edicto de detención, el informe policial sobre las actividades de futuras víctimas, la radio que retransmite arengas homicidas... Los archivos de los regímenes autoritarios del siglo XX son mucho más que repositorios de papeles: constituyen parte activa y necesaria en las políticas de sometimiento y exterminio. La persecución de grandes colectivos requirió una exhaustiva labor de inquisición acerca del adversario que generó ingentes cantidades de documentación sobre quienes fueron calificados como enemigos y debían ser neutralizados. Documentación que devino en arma represiva (González de Oleaga y Martorell 2024).

Las cosas también hablan sobre la resistencia ante la barbarie: máquinas de escribir o imprentas de la clandestinidad; panfletos, folletos, carteles; documentaciones falsas; pinturas o punzones empleados para escribir consignas en la calle o grabarlas en el muro de una celda; de nuevo las armas; libros o diarios clandestinos; utensilios usados en una fuga ... En ocasiones, la mera supervivencia es el principal acto resistente. Y aquí también desempeñan una función esencial los artefactos. Los testimonios del Holocausto están plagados de menciones a objetos imprescindibles para sobrevivir en los campos de exterminio: las gafas sin las que una persona podía ser considerada inútil y, por tanto, superflua y eliminable, los calcetines o los zapatos necesarios para soportar el frío, el pan...

Como parte de la política represiva, los victimarios deciden con frecuencia que los bienes necesarios para la supervivencia sean escasos. Y esta penuria genera dinámicas perversas. En Auschwitz, la necesidad empujó a unos presos a robar a otros el pan o los zapatos, aún a sabiendas de que ello podía suponer la muerte de la víctima robada. Giti Bauer, allí prisionera, contaba el caso de una madre que quitaba el pan a su hija pequeña convencida de que no sobreviviría (Padoan 2021, 125). No es un testimonio aislado: “El hijo cogía el pan del padre, el padre el pan del hijo, todos querían seguir viviendo”, contó Simon Srebnik a Claude Lanzmann (Lanzmann 2003, 107). La escasez también generaba jerarquías entre los presos: quienes tenían acceso a los almacenes de intendencia traficaban con bienes necesarios, veían como aumentaba su esperanza de vida y adquirían poder e influencia sobre sus compañeros (Moreno Feliu 2010).

Todo bien que ayude al preso a sobrellevar su cautiverio, a reafirmar su identidad cuando el objetivo del perpetrador es neutralizar al individuo, cuenta una historia sobre

la resistencia. El poeta Jorge Montealegre, por ejemplo, preso en el Estadio Nacional de Santiago de Chile tras el golpe de Estado de Pinochet, recuerda en sus memorias cómo el artefacto más nimio le abstraía de la dinámica carcelaria y así alentaba sus posibilidades de sobrevivir: “Cualquier cosa nos podía distraer o embarcarnos en una imagen evocadora que nos sacaba de la prisión por segundos. Una tapa de botella, un palito de helado, un papel. Tesoros inesperados” (Scarabelli 2020)⁶.

Lo mismo ocurre con todo útil que contribuya a ganar un espacio en el que preservar la propia idiosincrasia. También en el Chile de Pinochet, el arquitecto Miguel Lawner, deportado en Isla Dawson, cuenta cómo recuperó fragmentos de su antigua vida y profesión gracias a algunas cosas halladas en el campo:

Múltiples restos de materiales de construcción yacen dispersos: pequeñas varas de coigüe, trozos de madera prensada, rollos de alambre, planchas de zinc, clavos y tornillos. Estos desechos constituyen un tesoro para mejorar nuestras modestas instalaciones.

Con estos recursos, Lawner emprendió un “proyecto de reapropiación del espacio concentracionario” (Perassi 2020)⁷: bajo sus consejos, los reclusos construyeron letrinas, una sala de estar, bancos, reafirmaron las paredes de los barracones, fabricaron juegos de ajedrez... Cuando los militares constataban que estaban mejorando su entorno, destruían todo lo ganado. Y los presos empezaban la reconstrucción conquistando así un territorio físico y mental propio.

Un objeto inútil en otro entorno puede erigirse en tabla de salvación en un campo de internamiento. También ocurre lo contrario, pues el significado de los objetos varía según el contexto en el que se hallan. En el mundo exterior, una camilla ayuda a salvar vidas. En Auschwitz, la camilla era el aparejo con el que se recogían cada mañana los cadáveres de quienes habían fallecido cada noche en los barracones: “La camillita existe. No quiero que me trasladen en la camillita”, escribe la superviviente Charlotte Delbo en sus memorias (Delbo 2020, 97)

La escritura también ofrece un espacio para la resistencia. Entre 1939 y 1945 Viktor Klemperer constató en sus diarios la persecución cotidiana a los judíos bajo el Tercer Reich. Si los nazis los hubieran encontrado habría sido asesinado, pero se jugó la vida para preservar su testimonio (Klemperer 2003). Incluso las formas literarias más ligeras y aparentemente menos comprometidas plantan cara a la violencia, pues ayudan a combatir el tedio, elevar el ánimo y mantener la mente activa, reafirmando así la voluntad

6 Scarabelli, Laura (2020): “Las frazadas para la memoria de la dictadura chilena: el caso de Jorge Montealegre”. *Kamchatka. Revista de análisis cultural*. (16): 350-61.

7 Perassi, Emilia (2020): “Objetos-Testigo...” .

de sobreponerse a la catástrofe. José Ignacio Álvarez Fernández, por ejemplo, constató la abundancia de ripios y versos lúdicos o paródicos en cuadernos o diarios escritos en las cárceles franquistas (Álvarez Fernández 2007, 164 y ss). Las cartas a la familia o amigos desde el cautiverio testimonian que el preso sigue vivo. Por eso escribir estas cartas “es una forma de resistencia” (Gil Andrés 2021, 15).

Preservar la propia identidad es resistir. Sobre todo, cuando los victimarios tratan de anular la individualidad de las víctimas, convertirlas en objetos, cosificarlas. Por supuesto, que el agresor considere a su víctima como una cosa no significa que la víctima sea una cosa, ni que se resigne a dicha condición. La cosificación del otro es, en última instancia, una percepción. Una percepción que engendra políticas destinadas a transformar dicha visión del mundo en realidad, pero que -a su vez- provoca acciones de resistencia que afirman la condición humana de los perseguidos.

Los límites entre sujeto y objeto pueden ser difusos cuando un individuo o un conjunto de individuos son cosificados. Igor Kopytoff ya reparó en esto al señalar cómo la esclavitud transatlántica transformó a las personas en mercancías (Kopytoff 1986). Quienes organizaban la trata negaban a los esclavos la condición humana. Eran estibados en el barco como cualquier otra carga, reduciendo al mínimo su espacio vital con el fin de ahorrar sitio. Además, para anular su identidad se les privaba de su nombre y se les asignaba un número, se les marcaba, desnudaba y separaba de quienes compartían origen e idioma, proceso que trocaba “a los seres humanos en propiedades” (Rediker 2021, 355).

Los esclavos tienen un precio en el mercado, pero en las políticas de exterminio el valor del objeto más nimio puede considerarse superior al del ser humano. Recuerda Paul Salmons, comisario de la exposición *Auschwitz. No hace mucho, no muy lejos*, que allí un zapato usado valía más que el niño que lo calzaba: el zapato, como el resto de su ropa, se enviaba a Alemania donde se reciclaba para dárselo a otro niño. Mientras, su propietario original iba directo al crematorio (Salmons 2017, 77). El zapato se podía reciclar; el niño era un bien desechable.

La cosificación del otro es consustancial a los procesos colectivos de persecución, exterminio o sometimiento. Siempre es más fácil matar o sojuzgar a quien no se considera humano. Así ha ocurrido con frecuencia durante las campañas coloniales. Martin Gusinde, por ejemplo, ha contado cómo los indios Selk'nam de Tierra de Fuego fueron exterminados entre las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX. Sus cazadores cobraban a tanto por oreja de indio, que llevaban en ristras hechas con cuerda. Los Selk'nam devinieron así cuentas de collares macabros (Gusinde 1982). La cosificación es habitual también en la esclavización o semiesclavización de comunidades, los genocidios, los conflictos bélicos o las persecuciones masivas para afianzar regímenes totalita-

rios o dictatoriales.

Marcus Rediker ha descrito a los barcos de esclavos como fábricas que transformaban a los humanos en mercancías (Rediker 2021, 355). También definimos al sistema concentracionario nazi como una industria de la muerte: las personas eran asesinadas en serie en los campos de exterminio, como en serie procesan las factorías industriales otros productos (Bartov 1996). En Auschwitz los nazis denominaban “piezas” a los muertos que entraban en los crematorios, recuerda Filip Müller. “Nosotros éramos los trabajadores de la fábrica de Treblinka y participábamos en todo el proceso de fabricación... es decir, en el proceso de muerte de Treblinka”, contó el superviviente Richard Glazar a Claude Lanzmann (Lanzmann 2003, 152 y 163).

Las cosas que pueblan nuestro entorno cotidiano, esos objetos humildes de los que hablaba Daniel Miller, contribuyen a dotar de sentido a nuestra vida. Ya Auguste Comte observó, recordaba Maurice Halbwachs, que el equilibrio mental depende, en buena medida, de que los objetos que nos rodean cada día “no cambien o cambien poco, y nos ofrezcan una imagen de permanencia y estabilidad” (Halbwachs 2004, 131). Por eso, privar a otro de todo aquello que posee, de los bienes a través de los cuales arraiga en el mundo, es otra forma de anular su identidad. Desde esta perspectiva de despojo material, la idea de desarraigo adquiere aún más relevancia en el testimonio canónico que dejó Primo Levi en *Si esto es un hombre*: “Imaginaos ahora a un hombre a quien, además de a sus personas amadas, le quiten la casa, las costumbres, la ropa, todo, literalmente todo lo que posee: será un hombre vacío” (Levi 2002, 40).

Estos humanos vacíos encuentran su correlato en las “casas vaciadas” que describe Edmund de Waal al contar cómo los nazis arrasaron con todo lo que contenía la vivienda de su familia en Viena:

En la biblioteca, Elisabeth encuentra el escritorio de su padre. Hay algunas alfombras. Pero aun así es una casa vacía. Más exactamente, es una casa vaciada. El trastero está vacío. Las repisas están vacías. El armario de la platería está vacío y también la caja de seguridad. No hay piano. No hay vitrina italiana. Ni mesillas incrustadas de mosaicos. Han desaparecido los globos terráneos, los relojes y los sillones franceses (de Waal 2010).

Expolios que tienen difícil reparación: los bienes saqueados, destruidos por la guerra, dejados atrás en el exilio son irrecuperables. “Nunca habrían podido compensarlo porque cada casa tiene una historia irrepetible. Pueden comprarte un sillón mucho más bonito, pero nunca será tu sillón” observa Liliana Segre, superviviente de Auschwitz y cuya casa saquearon los nazis (Padoan 2019, 75).

La destrucción, requisita o usurpación de bienes cotidianos acompañó las campañas de limpieza étnica, los desplazamientos forzados y otros episodios de violencia política del

siglo XX (Colombo 2019, Martorell 2020, Renshaw 2020)⁸. La liquidación de los judíos europeos, por ejemplo, fue precedido del expolio de todos sus bienes. Los nazis saquearon primero sus propiedades más valiosas como empresas, viviendas o cuentas bancarias. Tras deportarles a los guetos o a los campos de exterminio, vaciaron sus hogares y se llevaron cualquier objeto que hallaran: desde juguetes hasta vajillas y cuberterías, desde bombillas hasta paraguas. Todo se recicló y se redistribuyó entre los alemanes tipificados como arios. La última parte de este pillaje sistemático tuvo lugar en los campos de exterminio donde entregaron lo poco que les quedaba: abrigos, relojes, maletas, gafas. Hasta la ropa interior fue reenviada a Alemania.

El pillaje en los campos de la muerte dio lugar alguna vez a imágenes dantescas. A Giuliana Tedeschi se le quedó grabado un desfile de presas portando carritos de bebé con los que otras presas habían llegado a Auschwitz:

Recuerdo una marcha de unas cincuenta mujeres [...] Los alemanes las llevaron detrás del bosque de Birkenau [...] En filas de cinco, cada una tenía que empujar un carrito a lo largo de tres kilómetros hasta llegar al almacén donde se clasificaba el botín que obtenían de los trenes. Una imagen irreal [...] Los civiles alemanes se dirigían al *lager* o a entidades que hacían de intermediarias porque podían obtener un carrito haciendo una simple petición. Me parece que sabían perfectamente a quiénes habían pertenecido: a niños enviados a la cámara de gas (Padoan 2019, 172-173)

El expolio de las comunidades judías europeas acometido por los nazis no fue una cuestión menor ni cabe reducirlo al valor económico de los bienes saqueados: como señaló en el año 2000 la *Mission d'étude sur la spoliation des juifs de France*, “antes que un asunto económico” fue parte de “una persecución cuyo fin era el exterminio” (*Mission d'étude sur la spoliation des juifs de France* 2000 154, Martorell 2021). Mientras el pillaje tenía lugar, los cementerios judíos y las sinagogas fueron arrasados, incendiados, demolidos (Martorell 2020). El Tercer Reich quiso borrar a los judíos de Europa, extirpar cualquier traza de su existencia y por ello no bastaba con asesinarlos. Debía arrasarse todo rastro material.

La destrucción o reconversión de bienes inmuebles para eliminar cualquier vestigio de los antiguos ocupantes llevada a cabo por el Tercer Reich no fue un caso aislado. Políticas similares de destrucción identitaria han acompañado a los procesos de limpieza étnica a lo largo del siglo XX: desde las campañas coloniales hasta las guerras balcánicas

8 Colombo, Pamela (2019): “(Des)habitar: la inscripción espacial de la desaparición forzada en la casa”. Kamchatka. Revista de análisis cultural. (13): 5.

de fin siglo, pasando por el genocidio armenio, la expansión nazi hacia el Este, la invasión china del Tíbet o la partición de Chipre (Bevan 2020).

Los objetos ausentes, aquellos que fueron saqueados, se perdieron, acabaron destruidos en la vorágine o que dejaron atrás los exiliados encierran historias sobre la violencia. Su recuerdo posee un particular poder sugestivo (Dziuban y Stanczyk 2020). Evocan la guerra, la represión, el exilio, la lucha por la supervivencia o los tiempos felices previos a que sucediera alguna de estas plagas. Su ausencia pesa sobre la memoria individual y a veces sobre la memoria colectiva de una comunidad durante generaciones, pues estos episodios traumáticos marcan a los individuos que los han vivido y también a sus descendientes o a otras comunidades más amplias a las que pertenecieron. Los judíos sefardíes llevaron consigo en la diáspora las llaves de sus casas españolas, que pasaron de generación en generación: son un símbolo que invoca sus raíces, los hogares que dejaron atrás con todo lo que contenían.

LOS OBJETOS Y LA MEMORIA EMOCIONAL DE LOS EVENTOS POLÍTICOS TRAUMÁTICOS

Los objetos transmiten mensajes, nos interpelan, pues han sido creados para actuar sobre el mundo y sobre las personas (Lier 1969, 151). Su capacidad de agencia resulta más evidente cuando estimulan respuestas emocionales, como es el caso de las obras de arte (Gell 1998). Pero no solo ocurre con el arte. Basta mirar nuestro entorno para comprobar que las cosas, o su ausencia, consiguen que nos sintamos felices o tristes, llenos o vacíos; nos provocan placer; nos relajan o nos irritan; estimulan nuestra codicia o nuestra lujuria. Hacen que sintamos pena o nostalgia, como ocurre con aquellas que asociamos a nuestra infancia o juventud o a las personas que amamos y ya no están.

Si percibimos a los objetos con nuestros sentidos, va de suyo que apelen a la memoria sensorial. Reviven olores y sabores de nuestro pasado o sensaciones que hemos experimentado, como el hambre, el frío o el calor. Cuando Jorge Montealegre, quiso recordar su detención en el Estadio Nacional de Santiago Chile y transmitir esta experiencia, la primera sensación que le vino a la cabeza fue el calor que le proporcionó la manta/frazada que allí asignaron: “Recordándome bajo la frazada me acerco al lolo Montealegre que tomaron preso en septiembre de 1973” escribió en sus memorias (Scarabelli 2020)⁹. Bruno Cabanes, historiador de las guerras del siglo XX a través de los objetos, sostiene que cada una tiene sus colores, sus olores y sus gustos particulares para quienes las vivieron (Cabanes, 2020, 163). Giuliana Tedeschi recordaba que para ella en Auschwitz todo era gris “no había color, sufrí muchísimo la falta de color” (Padoan 2019, 202).

La agencia emocional de los objetos puede acrecentarse cuando sobreviven a su due-

⁹ Scarabelli, Laura (2020): “Las frazadas para la memoria...”.

ño. Es habitual que los allegados conserven cosas que han poseído sus muertos más queridos. Unas gafas, una prenda de ropa, libros, fotografías, cartas... todos ellos devienen en relicarios que rempazan al sujeto, perpetuando de alguna manera su presencia entre los vivos (Mattéoli y Laubu 2011, Colombo 2019)¹⁰. Aquello que pertenecía a los ausentes alcanza un valor excepcional: preserva un aura en el sentido que atribuyó Walter Benjamin al término, un halo de presencia de quien ya no está (Benjamin 2021, 73). Con frecuencia, esta singularidad es mayor si la desaparición de la persona querida llega de un modo inesperado, repentino.

O cuando es extirpada de forma brutal de la comunidad a la que pertenece, como ocurre en los episodios de violencia política: ejecuciones o asesinatos extrajudiciales, acciones militares, exilios, desapariciones forzadas... En estos casos, los bienes que poseyeron las víctimas logran la capacidad de convocarlas simbólicamente. Artículos “ordinarios, como un peine o un par de gafas, adquieren un valor emocional particular” al ser marcados por acontecimientos políticos traumáticos (Cabanes 2020, 135). “Los objetos tocados por las manos amadas ofrecen una conexión tangible con los asesinados”, han escrito Zuzanna Dziuban y Ewa Stanczyk al hilo de los artefactos hallados en fosas comunes (Dziuban y Stanczyk 2020). Les exhuman, prolongan su vida, les devuelven algo de dignidad y poseen por ello un “comportamiento mágico” (Perassi 2020)¹¹.

Las cosas que sobreviven a los ausentes les representan de forma vicaria y ayudan a conllevar el duelo (Ochsner 2016; Aguilar Fernández 2019 y 2020; Dziuban y Stanczyk 2020; López Barceló 2024, 58)¹². Los objetos que usaban cada día. Las cartas que escribieron desde la reclusión. También sus imágenes. Marianne Hirsch reparó en la “presencia fantasmal” de las fotos que representan a desaparecidos o muertos en episodios de violencia política, ubicadas en lugares destacados de la casa (Hirsch 1997, 18). Fantasmas benignos, lares del hogar que cohesionan los lazos familiares y marcan un hito en la genealogía de sus descendientes. Carlos Gil Andrés ha contado cómo, ya anciana, la hija de un preso ejecutado en una cárcel franquista trataba con mimo su fotografía, así como la última carta que escribió:

Recuerdo la ternura con la que me enseñó la fotografía de su padre, conservada en un marco ovalado. Y recuerdo de manera especial la carta....
Lucía la desdoblaba con mucho cuidado para no lastimar más los pliegues

10 Colombo, Pamela (2019): “(Des)habitar: la inscripción espacial de la desaparición forzada en la casa”. *Kamchatka. Revista de análisis cultural*. (13): 5.

11 Perassi, Emilia (2020): “Objetos-Testigo...”.

12 Aguilar Fernández, Paloma (2019). “El primer ciclo de exhumaciones y homenajes a fusilados republicanos en Navarra”. *Kamchatka. Revista de Análisis Cultural*, 13 (2019): 227-269.

desgastados. Al leerla, por su voz firme y serena comenzaba a ascender la emoción hasta quebrar en llanto las últimas líneas (Gil Andrés 2021, 16).

Cartas, fotografías o cualquier otro bien salvaguardan la memoria de quienes sucumbieron en la vorágine. El Colectivo de Hijos de desaparecidos en Argentina diseñó en 2010 el *Proyecto Tesoros* para crear un centro documental que registrase “los objetos que conservamos de nuestros padres [...] que nos conectan” con su vida cotidiana. Utensilios comunes, normales, gastados, que se mantienen como estaban cuando fueron arrancados de sus viviendas: zapatos, ropa, gafas, libros, cuadernos que pertenecieron a sus progenitores y que reconstruyen y cuentan una parte de su historia (Perassi 2020).¹³

La recuperación de objetos pertenecientes a las víctimas desempeña una función terapéutica para cerrar el ciclo del duelo en los casos de personas desaparecidas o enterradas en fosas comunes cuyos cuerpos son finalmente hallados. Dichos objetos convocan de algún modo al desaparecido, humanizan sus huesos pues fueron las últimas cosas que llevó consigo. Como ha escrito el novelista Isaac Rosa, este ajuar funerario:

no solo nos da hoy su identidad, lugar, fecha o circunstancias: nos da también, sobre todo, su memoria viva, nos vincula a aquellas mujeres y hombres, los mantiene entre nosotros, los hace merecedores de justicia y a nosotros nos compromete a luchar por ella (Rosa 2020, 74).

La campaña *Stolen Memory*, organizada por *Arolsen Archives* y el *International Center on Nazi Persecution*, restituye a los descendientes de las víctimas del nazismo los bienes cotidianos expoliados en los campos de concentración que aún conservan los archivos alemanes: relojes, anillos, estilográficas, gemelos... Esos objetos retornan a la comunidad familiar y se convierten en lugares de memoria privados. Pero a veces son expuestos antes de su restitución, como ocurrió en Sevilla a comienzos de 2023, o la entrega se hace de manera pública, pues así se “relata la historia de personas perseguidas durante el nacionalsocialismo y enviadas a campos de concentración”.¹⁴ Los bienes expoliados se convierten así en lugares públicos de memoria.

Quienes sobrevivieron a los eventos políticos traumáticos del siglo XX también acaban por fallecer. Apenas queda ya nadie que haya vivido el Holocausto, escasean los supervivientes de la guerra civil española y las víctimas de la violencia militar en el Cono Sur encaran la última fase de sus vidas. Cuando falten ya no habrá nuevos testimonios

¹³ Perassi, Emilia (2020): “Objetos-Testigo...”.

¹⁴ Arolsen en Sevilla, en <https://arolsen-archives.org/es/events/stolenmemory-in-sevilla/> y en general sobre la restitución de bienes pertenecientes a víctimas españolas, en https://www.elconfidencial.com/mundo/2018-10-24/nazismo-victimas-espanoles-alemania-berlin_1634377/ (Última visita de ambas, 31/12/2023).

directos, aunque conservemos, eso sí, sus relatos escritos o grabados, que comenzaron a proliferar en los años setenta del pasado siglo (Wieviorka 2013, 127). La ausencia de los supervivientes ha conferido un nuevo valor testimonial a los objetos, pues transmiten algo que aquellos ya no pueden decir de viva voz (Cabanés 2020, 151). Así lo entendió Yad Vashem al organizar la campaña “*gathering the fragments*”, dirigida a recolectar cosas que pertenecieran a las víctimas del Holocausto, ya ofrecieran información sobre su existencia antes del Tercer Reich, testimoniaran su persecución o contaran la reconstrucción posterior de sus vidas si sobrevivieron a la barbarie. Yad Vashem recopiló cerca de 250.000 objetos que se exponen de forma virtual en sus páginas web o de forma real en sus instalaciones.¹⁵

Los artefactos son lugares de memoria, en el sentido que propuso Pierre Nora, pues pueden constituir “una unidad significativa de orden material” convertida “por la voluntad de los hombres” en “patrimonio memorial de una comunidad” (Nora 2008, III). Y la memoria no tiene que estar necesariamente representada por aquellos mismos objetos que vivieron los acontecimientos políticos traumáticos. Cabe asignar esta función de forma simbólica a otros objetos que encarnen a las víctimas. En marzo de 2022, por ejemplo, Svitlana Blinova, directora de comunicación del ayuntamiento de Lviv, organizó en la plaza Rynok de la ciudad una instalación con 109 carritos de bebé vacíos (Imagen B). Cada uno personificaba las niñas o niños muertos desde que empezó la guerra de Ucrania¹⁶.

15 <https://www.yadvashem.org/gathering-fragments/stories.html> (Última visita, 31/12/2023)

16 Svitlana Blinova en https://www.eldiario.es/internacional/ultima-hora-invasion-rusa-ucrania-directo_6_8841284_1086905.html. (Última visita, 31/12/2023)



Imagen B. Fuente: REUTERS/Pavlo Palamarchuk

La instalación remitía al inmediato presente bélico. Pero el modo de expresar la barbarie a través de un objeto repetido numerosas veces en un mismo espacio tiene su propia genealogía y entronca con un tipo de acción memorialista que desde comienzos de este siglo ha evocado de forma similar otras masacres en épocas diferentes. Desde 2005, por ejemplo, 70 sillas vacías recuerdan en la plaza de los Héroes del Gueto, de Cracovia, que de allí partió el transporte de judíos hacia los campos de exterminio bajo el Tercer Reich (Ochsner 2016, 143). Las sillas protagonizaron también en 2012 una instalación temporal en las calles de Sarajevo: 11.541 sillas rojas evocaban a los 11.541 muertos de la ciudad en el vigésimo aniversario de la última guerra balcánica¹⁷. En 2009, Elina Chauvet organizó en Chihuahua una exposición itinerante que recorrió varias ciudades mexicanas: cientos de zapatos rojos expuestos en plazas rememoraban a las víctimas de feminicidios en el país¹⁸. En estos casos, los carritos de bebé, los zapatos o las sillas, vacíos y fuera de

¹⁷ Sarajevo, en https://www.abc.es/internacional/abci-sarajevo-victimas-aniversario-201204060000_noticia.html (Última visita, 31/12/2023)

¹⁸ Chauvet, en <https://www.elinachauvet.art/zapatos-rojos> (Última visita, 31/12/2023)

su hábitat natural, replazan a los muertos, los encarnan, los traen ante nosotros. Nos ayudan a recordarlos.

CODA FINAL

Tal y como argumentaron hace unos años Moreyra y Alves, en las últimas décadas los objetos han cobrado un notable protagonismo en el trabajo de los historiadores (Moreyra y Alves 2020). Sobre todo, en el de los contemporaneístas y, más específicamente, en el de quienes trabajan sobre los eventos políticos traumáticos del siglo XX. El primer apartado de este artículo ha rastreado las vías a través de las cuales se han incorporado a su imaginario, desde la revolución que la sociedad de consumo provocó en los estudios sobre la cultura material hasta las aportaciones de la arqueología del presente o de la museología crítica. Los dos siguientes se han centrado en la función que desempeñan los objetos en los acontecimientos políticos traumáticos, en la carga emocional que impregna a los objetos marcados por este tipo de eventos y en cómo dicha carga emocional los convierte en depositarios de memoria.

Raoul Hilberg observó que a veces, la muerte es el atributo más conocido de las víctimas causadas por la violencia masiva indiscriminada (Hilberg 2022, 13). De muchas no sabemos nada o casi nada. Ni siquiera sus nombres. Perdidas en el anonimato, les asignamos una cifra en las estadísticas históricas cosificándolas, sin pretenderlo, como hacían sus perpetradores: tantas muertes en tal pogromo, otras tantas en tal acción represiva, algunas más en aquel bombardeo sobre una ciudad... Es la “violencia de la abstracción” contra la que alerta Marcus Rediker (Rediker 2021, 25). Los objetos contribuyen a entender qué les ocurrió y nos cuentan algo sobre ellas, les devuelven la voz (MacGregor 2012, 20-21). A menudo son los únicos vestigios de sus propietarios, “metralla biográfica que escapó a los ojos de los asesinos” (Silva 2020, 9), que rinde cuenta de las personas desaparecidas y nos permite reconstruir parte de su mundo. Los objetos otorgan cierta corporalidad a estos fantasmas.

Los objetos que han sobrevivido a los eventos políticos traumáticos ayudan a establecer un vínculo emocional con las víctimas y a sobrellevar los procesos de duelo. Y al trascender del ámbito privado al público cumplen diversas funciones: pueden ser fuentes documentales para historiadores o científicos sociales, pruebas en investigaciones forenses sobre asesinatos masivos o actuar en museos y memoriales como testigos de aquellos acontecimientos que les marcaron ... (Filipucci 2020; Dziuban y Stanczyk 2020, 386). También promueven el trabajo de escritores, artistas, comisarios de exposiciones o activistas de la memoria prestos a reflexionar sobre la violencia, pues los objetos pueden ser muy elocuentes “a la hora de abogar” por una causa (MacGregor 2012, 30). Imbuidos

de afectos, permeados por los recuerdos, los objetos supervivientes a la violencia traumática demuestran la capacidad de agencia que poseen las cosas: nos ayudan a reinterpretar nuestra comprensión del pasado y de este modo transforman el modo en que percibimos el presente.

Por su valor simbólico y testimonial, los objetos marcados por eventos políticos traumáticos son singulares, en el sentido en que argumentó Arjun Appadurai. Al menos para las víctimas, sus allegados, quienes se solidarizan con ellos o quienes quieren mantener viva su memoria con propósitos didácticos o identitarios. Sin embargo, el propio Appadurai sostuvo que no siempre hay consenso acerca de cuándo un objeto es singular, pues el significado de las cosas varía entre distintos individuos o grupos de individuos (Appadurai 1986b 27). En noviembre de 2021, hubo en Israel un intenso debate sobre la subasta de un lote de instrumentos empleados en Auschwitz para tatuar a los prisioneros. Su dueño se sentía legitimado para subastarlos: para él eran un bien con valor en el mercado. Pero al saltar la noticia a la prensa un grupo de supervivientes del Holocausto, respaldado por Yad Vashem, solicitó al Tribunal de Distrito de Tel Aviv que lo impidiera:

Un artículo tan perjudicial no puede tener dueño -sostuvo su abogado- Se trata de un objeto que no es propiedad privada, sino un monumento terrible que pertenece a todo el público y sirve como prueba de los crímenes de los nazis y sus ayudantes.

El juez paralizó la subasta. En apariencia, la polémica giró en torno a si los sellos debían estar en manos privadas o expuestos en una institución pública “para fines de investigación, educación y conmemoración”, como afirmó Dani Dayan, presidente de Yad Vashem. Y así era en parte, pero el trasfondo real radicó en el hecho de que objetos singulares, sacralizados por su nexos con la Shoah, se transformaran en mercancía. “El comercio de estos artículos es moralmente inaceptable”, remachó Dayan.¹⁹

El caso anterior muestra cómo un objeto procedente de un evento político traumático puede tener distintos significados en una misma sociedad. También existen múltiples narrativas sobre la memoria y pueden entrar en conflicto cuando se trata de reconocer a las víctimas de la violencia a través de objetos con una fuerte carga simbólica. La polémica en torno al tren de Gurs da cuenta de esto último. En 1939 Francia erigió varios campos de concentración para recluir al medio millón de republicanos que escapaban del franquismo. En Gurs, sito en la Navarra francesa, fueron recludos cerca de 25.000 republicanos y brigadistas internacionales. Después, ya durante la guerra mundial, los nazis y los franceses colaboracionistas de Vichy encerraron allí a disidentes políticos, a

19 Enlace judío, 3 de noviembre de 2021, <https://www.enlacejudio.com/2021/11/03/tribunal-israeli-de-tiene-subasta-de-sellos-de-tatuaje-utilizados-en-auschwitz/>. (Última visita, 31/12/2023)

sintis y romaníes y a judíos. Algunos murieron por desnutrición o frío; muchos acabaron en Auschwitz. En Gurs no hubo cámara de gas, pero fue una escala en el camino de muchos judíos hacia ellas (Laharie 1985).

En los años noventa del pasado siglo, la *Amicale du camp de Gurs* encargó un memorial al artista israelí Dani Karavan, que había diseñado varios monumentos relacionados con la Shoah. Su *Homenaje a los prisioneros de Gurs*, inaugurado en 1994, consiste en una parcela rodeada de alambre de espino y el esqueleto de un barracón, unidos por una vía férrea... una vía férrea que jamás existió. Mientras el campo estuvo en uso, los trenes solo llegaban hasta la estación de Oloron Sainte-Marie, a 25 kilómetros. Luego los presos eran trasladados al campo en camiones. Karavan recreó los raíles porque el tren constituye un símbolo claro, inequívoco, del Holocausto: remite sin necesidad de explicación al traslado de prisioneros a Auschwitz en vagones de ganado.

Cabría pensar que la elección del tren como símbolo universal de la barbarie suscitara un respaldo unánime. Sin embargo, no fue así. Hubo historiadores que se quejaron por la inexactitud implícita en el monumento. Por su parte, los republicanos españoles supervivientes sintieron que la conexión simbólica entre Gurs y Auschwitz ignoraba su trayectoria específica, que el tren no les representaba, que su sufrimiento quedaba ninguneado, subordinado al relato del Holocausto, que percibían lejano y distinto (Vergez 2013). Dos memorias colectivas entraron en conflicto en torno al significado de un objeto y de su validez como símbolo. El caso muestra cómo un mismo objeto representa a la vez cosas distintas para comunidades con diferentes perspectivas del pasado.

La eficacia de los objetos para representar la memoria de los eventos políticos traumáticos ha sido reconocida indirectamente por quienes querrían que aquellos cayeran en el olvido, como ocurre cada vez que tiene lugar la vandalización de un objeto vinculado al Holocausto. En 2009 y 2014, por ejemplo, fueron atacadas las verjas de Auschwitz y Dachau. De la primera se arrancó la inscripción "*Arbeit macht frei*", "el trabajo os hará libres"²⁰.

El hecho de que la verja de Auschwitz figure reproducida en los diferentes utensilios turísticos a la venta en los tenderetes que hay a la puerta del campo (desde imanes de nevera hasta jarras) indica que los objetos también pueden contribuir a banalizar los acontecimientos terribles que allí ocurrieron. O generar una sugestión malsana por aquello que nos comunica con la muerte y el desastre, como sucede con los espacios en

20 El robo de la puerta de Auschwitz, en https://elpais.com/internacional/2009/12/18/actualidad/1261090805_850215.html. Dachau, en <https://www.elmundo.es/internacional/2014/11/02/54568bfe268e3e97688b4578.html> (Últimas visitas, 31/12/2023)

que tuvo lugar la barbarie y hoy son escalas en los circuitos de *dark tourism* o turismo de atrocidades (Lennon 2017, González de Oleaga 2019).²¹

Por otra parte, en tanto que testigos de la violencia política, ¿valen más los objetos por su valor documental o por su fuerza emocional? Cargar las tintas en exceso sobre lo emocional... ¿puede alentar una falsa catarsis, crear la sensación ilusoria a quien ve ahora el objeto de que está sintiendo lo que vivieron las víctimas que tuvieron contacto con él? Y eso ¿no trivializa la violencia? Los límites entre aceptar el -y recurrir al- potencial emocional de los objetos traumáticos y la caída en un mero sentimentalismo pueden ser difusos... (Cabanés 2020, 37). Ruth Klüger, superviviente de Auschwitz, temía que las pilas de zapatos expuestas en el museo del campo generasen una falsa “buena conciencia”:

Cuando alguien viene a este lugar y se conmueve, aunque sea solo eso, conmoverse ante semejante horror, ya se siente un hombre mejor. ¿Quién indaga en la calidad de las sensaciones cuando ya está orgulloso, en cualquier caso, de sentir una? Quiero decir: estos residuos restaurados de viejas atrocidades ¿No inducen quizá al sentimentalismo? ¿No alejan tal vez del objeto mismo al que, solo aparentemente, han dirigido la atención? ¿No llevan a los sentimientos a reflejarse a sí mismos (Padoan 2019, 259)?

Klüger se hacía la misma reflexión que Bertold Brecht cuando denunciaba en sus obras teatrales el nazismo. Sostenía Brecht que una excesiva empatía emocional con el público enturbiaba la comprensión del mensaje militante implícito, o explícito, en sus textos. Por esta razón consideraba necesario provocar cierto distanciamiento, enfriar los ánimos de la audiencia, recurriendo, por ejemplo, a las canciones satíricas que componía con Kurt Weill. Creía que las emociones mermaban la lucidez, que no era posible acceder al conocimiento a través de ellas y de haber sido historiador quizás pensara que la sobrecarga emocional podría empañar la capacidad para comprender y explicar el pasado.

No obstante, he escuchado a más de un superviviente de los campos de concentración nazis expresar su temor a que, una vez desaparecidas las víctimas, privada de toda emoción la transmisión de conocimientos, el Holocausto se perdiera como uno más entre otros cientos de hitos históricos, que la Shoah se aprendiera en los colegios como las guerras púnicas o las napoleónicas y perdiera su singularidad. O el pavor de pasar a la historia transformados en meras cifras en una estadística de muertos, pues en números quisieron convertirles sus verdugos. Es la “violencia de la abstracción” contra la que alerta Marcus Rediker. Y este es un miedo compartido por las víctimas de otros eventos políticos traumáticos.

²¹ González de Oleaga, Marisa (2019): “¿La memoria en su sitio? El Museo de Mecánica de la Armada”. *Kamchatka. Revista de análisis cultural*. (13): 117-62.

Quizás la conversión de las víctimas en números o en hitos de una cronología sea una forma de distorsión. Quizás apelar a las emociones a la hora de reconstruir el pasado pueda ser también una forma válida de conocerlo, comprenderlo y, sobre todo, de transmitirlo. Quizás podamos aceptar con Neil MacGregor que, una vez asumidos los límites de lo que podemos saber con certeza, es posible “tratar de hallar una clase de saber distinta”, pues “meditar sobre el pasado o sobre un mundo distante a través de las cosas es algo que siempre tiene que ver con la recreación poética” (MacGregor 2012, 23).

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar Fernández, Paloma (2008). *Políticas de la memoria y memorias de la política*. Madrid: Alianza Editorial.
- (2020). "From mourning severed to mourning recovered: Tribute and remembrance strategies for families of the victims of Francoist repression". *Memory Studies*, 13(3), 277-294.
- Akrich, Madeleine (2023). "Actor Network Theory, Bruno Latour, and the CSI". *Social Studies of Science*, 53(2), 169-173.
- Álvarez Fernández, José Ignacio (2007). *Memoria y trauma en los testimonios de la represión franquista*. Barcelona: Anthropos.
- Appadurai, Arjun (1986a) (ed.). *The social life of things: commodities in cultural perspective*, Cambridge: Cambridge University Press.
- (1986b). "Introduction: commodities and the politics of value". Arjun Appadurai (ed.). *The social life of things: commodities in cultural perspective*, Cambridge: Cambridge University Press, 3-63.
- Ariès, Philippe (1987 [1977]). *El hombre ante la muerte*. Madrid: Taurus.
- Ariès, Philippe y Duby, Georges (eds.) (1991 [1985]). *Historia de la vida privada*. Madrid: Taurus.
- Arrieta Urtizberea, Iñaki (ed.) (2016). *Lugares de memoria traumática. Representaciones museográficas de conflictos políticos y armados*. Bilbao: Universidad del País Vasco.
- Auslander, Leora y Tara Zahra (2018). *Objects of War: The Material Culture of Conflict and Displacement*. London: Cornell University Press
- Baby, Sophie y Nérard, François-Xavier (2017). "Les objets des disparus. Exhumations et usages des traces matérielles de la violence de masse". *Les Cahiers Irice* N° 19 (2): 5. <https://doi.org/10.3917/lcsi.019.0005>
- Bartov, Omer (1996). *Murder in Our Midst: The Holocaust, Industrial Killing, and Representation*. Oxford University Press.
- Baudrillard, Jean (1987 [1968]). *El sistema de los objetos*. México: Siglo XXI.
- Benjamin, Walter (2021 [1936]). *La obra de arte en la era de su reproductibilidad técnica y otros ensayos sobre arte, técnica y masas*. Madrid: Alianza Editorial.
- Bevan, Robert (2020). *La destrucción de la memoria*. Valencia: La Caja Books
- Bourdieu, Pierre (1998 [1979]). *La distinción: Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- Braudel, Fernand (1979). *Civilisation matérielle, économie et capitalisme, XVe-XVIIIe siècle: le possible et l'impossible*. París: Armand Colin.
- Brown, Bill (2001). "Thing Theory", *Critical Inquiry*, Vol. 28, No. 1, (Autumn, 2001), pp. 1-22.
- Burke, Peter (ed.) (1994 [1991]). *Formas de hacer Historia*. Madrid: Alianza Editorial.
- Cabanes, Bruno (2020). *Fragments de violence: la guerre en objets de 1914 à nos jours*. París: Seuil.

- Carrión Méndez, Francisco y Miguel Ángel del Arco Blanco (eds) (2024). *Desenterrar el pasado: Arqueología e historia de la Guerra Civil y la dictadura franquista*. Granada: Comares.
- Corbin, Alain (1987). *El perfume o el miasma. El olfato y lo imaginario social Siglos XVIII y XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Crew, David F. (1989). "Alltagsgeschichte: A New Social History 'From Below'?" *Central European History*, 22(3-4), 394-407.
- De Waal, Edmund (2010). *The Hare with Amber Eyes: A Family's Century of Art and Loss*. New York: Farrar, Straus and Giroux.
- Delbo, Charlotte (2020). *Ninguno de nosotros volverá*. Barcelona: Libros del Asteroide.
- Doyle, Peter (2014). *The first world war in 100 objects*. Cheltenham: The History Press
- Dziuban, Zuzanna, y Ewa Stańczyk (2020). "Introduction: The Surviving Thing: Personal Objects in the Aftermath of Violence". *Journal of Material Culture* 25(4): 381-90.
- Fleming, E. McClung (1970). "Accent on Artist and Artisan: The Winterthur Program in Early American Culture". *American Quarterly*, 22(2), 571.
- Filippucci, Paola (2020). "'Morts Pour La France': Things and Memory in the 'Destroyed Villages' of Verdun". *Journal of Material Culture* 25(4): 391-407.
- Gell, Alfred (1998). *Art and Agency: An Anthropological Theory*. Oxford: Clarendon.
- Gil Andrés, Carlos (2021). "Prólogo". En Jesús Vicente Aguirre González, *Escríbeme a la tierra: Las cartas de los que van a morir*. Logroño: Pepitas ed. 11-19.
- Gombrich, Ernest H. (1979 [1960]). *Arte e ilusión: estudio sobre la psicología de la representación pictórica*. Barcelona: Gustavo Gili.
- González de Oleaga, Marisa (2018). "¿Cómo hacer cosas con museos? Aprender a mirar, enseñar a ver..." *A Contracorriente: una revista de estudios latinoamericanos* 15(2): 11-38.
- González de Oleaga, Marisa; Martorell Linares, Miguel (eds.) (2024): *Archivos y poder. Un encuentro con la historia*, Madrid: Postmetrópolis.
- González-Ruibal, Alfredo (2014). "Archaeology of the Contemporary Past", en Claire Smith (ed.). *Encyclopedia of Global Archaeology*:
- Gould, Richard A, y Michael B. Schiffer (1981). *Modern Material Culture: The Archaeology of Us*. New York: Academic Press.
- Gusinde, Martin (1982). *Los indios de tierra del fuego. Tomo I, Los Selk'nam*. Buenos Aires: Centro Argentino de Etnología Americana.
- Halbwachs, Maurice (2004 [1968]). *La memoria colectiva*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Hirsch, Marianne (2012). *Family frames: Photography, narrative, and postmemory*. Harvard University Press.
- Hodder, Ian (1988). *Interpretación en arqueología. Corrientes actuales*. Barcelona: Crítica.
- Hoskins, Janet (1998). *Biographical Objects: How Things Tell the Stories of People's Lives*. New

- York: Routledge.
- (2006). "Agency, Biography and Objects". Tilley, Christopher et al. (eds.). *Handbook of Material Culture*. London: SAGE Publications, 74-84.
- Kantor, Tadeusz (1983). *Les Voies de la création théâtrale. Le théâtre cricot 2, La classe morte, Wielopole – Wielopole*. Paris: Centre Nationale de la Recherche Scientifique.
- Kapp, Ernst (1998 [1877]). "Líneas fundamentales de una filosofía de la técnica". *Teorema*, Vol. XVII/3, III-II8.
- Klemperer, Victor (2003). *Quiero dar testimonio hasta el final*. Barcelona: Galaxia Gutenberg: Círculo de Lectores.
- Kobiałka, Dawid (2018). "100 Years Later: The Dark Heritage of the Great War at a Prisoner-of-War Camp in Czersk, Poland". *Antiquity* 92 (363): 772-87.
- Kopytoff, Igor (1986). "The cultural biography of things", Appadurai, Arjun (ed.). *The social life of things: commodities in cultural perspective*, Cambridge: Cambridge University Press, 64-91.
- LaCapra, Dominick (2005). *Escribir la historia, escribir el trauma*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Laharie, Claude (1993). *Gurs 1939 - 1945 un camp d'internement en Béarn: De l'internement des républicains espagnols et des volontaires des Brigades internationales à la déportation des Juifs vers les camps d'extermination nazis*. Biarritz: Atlantica.
- Lanzmann, Claude (2003). *Shoah*. Madrid: Tiempo al Tiempo.
- Law, John (1992). "Notes on the theory of the actor-network: Ordering, strategy, and heterogeneity". *Systems Practice*, 5(4), 379-393.
- Lennon, John (2017). "Dark Tourism" Oxford Research Encyclopedia of Criminology and Criminal Justice.
- Levi, Primo (2002 [1947]). *Si esto es un hombre*. Barcelona: Muchnik.
- Lier, Henri van (1969). "Objeto y estética". Moles, Abraham A. (ed.). *Los objetos*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo, 129-35.
- Löfgren, Orvar (1996). "¿Le retour des objets ? L'Etude de la culture matérielle dans l'ethnologie suédoise". *Ethnologie française* 26(1): 140-150.
- López Barceló, Esther (2024): *El arte de invocar la memoria, Anatomía de una herida abierta*. Valencia: Barlín libros
- Lorente, Jesús Pedro (2022). *Reflexiones sobre museología crítica, dentro y fuera de los museos*. Gijón: Trea.
- MacGregor, Neil (2012). *La historia del mundo en 100 objetos*. Barcelona: Debate Editorial.
- Malhotra, Aanchal (2021). *Vestiges d'une separation*. Paris: Éditions Héloïse d'Ormesson.
- Martorell, Miguel (2020). *El expolio nazi*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- (2021). "El arte expoliado y la memoria del Holocausto", en Julio Ponce Alberca y Miguel Ángel Ruiz Carnicer (eds.). *El pasado siempre vuelve. Historia y políticas de la memoria pública*. Zaragoza: PUZ, 93-127

- Mathieu, Jacques (1987). "L'objet et ses contextes". *Material History Bulletin I Bulletin d'histoire de la culture matérielle* 26 (Fall/Autumne): 7-18.
- Mattéoli, Jean-Luc, y Michel Laubu (2011). "L'esprit de peu se rit - un jeu...: Une vraie-fausse conférence sur le théâtre d'objet(s)". *Agôn. Revue des arts de la scène* (4).
- Mission d'étude sur la spoliation des juifs de France (2000). *Rapport général*, Paris: Documentation Française.
- Moles, Abraham A. (ed.) (1969a). *Los objetos*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.
- (1969b). "Objeto y comunicación". Moles, Abraham A. (ed.). *Los objetos*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo, 9-35.
- Moorhouse, Roger (2021). *Hitler's Third Reich in 100 Objects*. Newport: Big Sky Publishing.
- Moreno Feliu, Paz (2010). *En el corazón de la zona gris: Una lectura etnográfica de los campos de Auschwitz*. Madrid: Trotta.
- Moreyra, Cecilia y Alves Mateus Ventura, Maria da Graça (2020). "Introducción al Dossier Historia de la cultura material. Objetos, agencias, procesos", *Anuario de la Escuela de Historia Virtual*, Año 11, n° 18.
- Morin, Violette (1969). "El objeto biográfico», en Moles, Abraham A. (ed.). *Los objetos*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo, 189-99.
- Navaro Yashin, Yael (2009). "Affective spaces, melancholic objects: Ruination and the production of anthropological knowledge". *Journal of the Royal Anthropological Institute*, 15(1), 1-18.
- Nora, Pierre (1998). "La aventura de Les lieux de mémoire". *Ayer*, 32, 17-34.
- (2008 [1984-1992]): *Pierre Nora en Les lieux de memoire*. Montevideo: Trilce.
- Padoan, Daniela (2021). *Como una rana en invierno*. Madrid: Altamarea Ediciones
- Panofsky, Erwin (2012). *Estudios sobre iconología*. Madrid: Alianza.
- Pesez, Jean-Marie (2010 [1978]). "Historia de la cultura material", *Clío. Órgano de la Academia Dominicana de la Historia*. Año 79. Enero-junio 2010, n° 179. 221-275 (1988)
- Poulot, Dominique (1997). "¿Une nouvelle histoire de la culture matérielle?" *Revue d'histoire moderne et contemporaine* 44 (2): 344-57.
- Rediker, Marcus (2021). *Barco de esclavos: la trata a través del Atlántico*. Madrid: Capitán Swing.
- Renshaw, Layla (2020). "Unrecovered Objects: Narratives of Dispossession, Slow Violence and Survival in the Investigation of Mass Graves from the Spanish Civil War". *Journal of Material Culture* 25 (4): 428-46.
- Roigé, Xavier (2016). "De monumentos de piedra a patrimonio inmaterial. Estrategias políticas, museológicas y museográficas de presentación de la memoria". Iñaki Arrieta Urtizberea, Iñaki (ed.). *Lugares de memoria traumática. Representaciones museográficas de conflictos políticos y armados*, Bilbao: UPV, 23-49.
- Rosa, Isaac, y José Antonio Robés (2020). "Triste y digno ajuar funerario", en Silva Barrera, Emi-

- lio (ed.). *Las voces de la tierra*. Pamplona: Alkibla, 74-75.
- Rubio Pobes, Coro (2016). “Los rostros de la memoria. El fenómeno memorialista en el mundo actual y sus usos políticos”. *Historia y Política: Ideas, Procesos y Movimientos Sociales* (35): 343-68.
- Rürup, Reinhard et al (2002). *Topography of Terror: Gestapo, SS, and Reichssicherheitshauptamt on the “Prinz-Albrecht-Terrain”: A Documentation*. Berlin: Willmuth Arenhövel.
- Rycroft, Daniel J. (ed.) (2013a). *World art and the legacies of colonial violence*. New York: Routledge.
- (2013b). “Imperial tensions: a conceptual introduction”. Rycroft, Daniel J. (ed.): *World art and the legacies of colonial violence*. New York: Routledge, 1-31.
- Salmons, Paul (2017). “Búsqueda de significado en las huellas del pasado», Robert Jan van Pelt (ed.): *Auschwitz. No hace mucho, no muy lejos*, Madrid: Palacios y museos, 76-77.
- Sánchez Climent, Álvaro (2018). “El señor de las cosas: Una síntesis sobre el artefacto y la cultura material en la arqueología”. *Vínculos de Historia*, 7, 134-156.
- Saunders, Nicholas J. (2020). *Trench Art: Materialities and Memories of War*. New York: Routledge.
- Schofield, John; Johnson, William Gray; Beck, Colleen M. (eds.). (2012). *Matériel Culture: The Archaeology of Twentieth-Century Conflict*. London: Routledge.
- Shallcross, Bożena (2011). *The Holocaust Object in Polish and Polish-Jewish Culture*. Bloomington: Indiana University Press.
- Shelton, Anthony (2013). “Critical Museology. A manifesto”. *Museum Worlds: Advances in research*, 1: 7-23.
- Shubert, Adrian y Antonio Cazorla (2022) (eds.). *La Guerra civil española en cien objetos, imágenes y lugares*. Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- Silva, Emilio (2020). “Las voces de la tierra”. Silva Barrera, Emilio (ed.). *Las voces de la tierra*. Pamplona: Alkibla, 5-11.
- Singaravélou, Pierre, y Venayre, Sylvain (2020). *Le magasin du monde: la mondialisation par les objets du XVIIIe siècle à nos jours*. Paris: Fayard.
- Sturdy Colls, Caroline (2015). *Holocaust Archaeologies: Approaches and Future Directions*. Cham: Springer.
- Veblen, Thorstein (2013). *Teoría de la clase ociosa*. Madrid: Alianza Editorial.
- Walton, John K. (1995). “Aproximaciones a la historia de la vida cotidiana en Inglaterra, 1850-1940”. *Ayer*, 19, 15-48.
- Wieviorka, Annette (2013). *L'ére du témoin*. París: Pluriel.
- Zaragoza Bernal, José Manuel. (2015). “Ampliar el marco. Hacia una historia material de las emociones”. *Vínculos de Historia*, 4, 28-40.